



Fotografía: Archivo histórico E.N.C.C.H 2016
Secretaría de Comunicación Institucional.

Secularización y nihilismo en una vida globalizada

Secularization
and Nihilism
in a Globalized Life

Texto recibido: 29 de octubre de 2017
Texto aprobado: 4 de diciembre de 2017

Por Marco Antonio Camacho Crispín*
CCH Vallejo, UNAM

Resumen: En este artículo pretendemos poner al descubierto algunos de los aspectos más discutibles y cuestionables de aquel proyecto ilustrado de secularización cuyos parámetros de gestación poseían ya un alcance globalizador. Un proyecto, dicho sea de paso, cuyo ulterior desarrollo produjo incluso la implementación de un tipo de nihilismo que, de fondo, atenta contra la realidad vital de cada persona a través de hacerla desaparecer bajo el abstracto escenario de un progreso que todo lo engulle y sacrifica en el altar del acontecer histórico secular. Lo cual, por otra parte, ha dado pie a una sublimación estética de los conflictos que, en todo caso, termina por normalizar y disimular el gran atentado que se perpetra bajo los estandartes cada vez más numerosos del avance de lo inhumano. Un avance que parece obstaculizar cada vez más esa otra alternativa de configuración, asimismo global y definitiva, pero desde toda la eternidad.

* Profesor Titular "A" de T. C. interino en la ENCCH-Vallejo de las asignaturas de Filosofía I y II. Tiene los grados de licenciatura, maestría y doctorado en Filosofía. Ha impartido conferencias a nivel nacional e internacional relacionadas con el acontecer del mundo contemporáneo. También ha publicado algunos artículos tanto en revistas nacionales como internacionales. Correo electrónico: markolex@hotmail.com

Palabras clave: Secularización, nihilismo, ilustración, progreso, positivismo, ídolos, historia

Abstract: *In this article, we pretend to uncover some controversial and questionable aspects of the enlightened secularization project, which had developed parameters that already possess a globalizing extent. A project which ulterior up growth produced the implementation of a type of nihilism that, deep within, impinges the vital reality of each person through the disappearance underneath an abstract scenario of progress that engulfs and sacrifices everything on the altar of secular historical happening. This project, on the other hand, has unleashed an aesthetic sublimation of the conflicts that, in any case, will end up concealing and normalizing the great attack that takes place under the numerous banners of the inhuman advancement. An advancement that seems to hamper more and more the other alternative configuration, both definitively and globally, but conceived since all eternity.*

Key words: *Secularization, nihilism, Enlightenment, progress, Positivism, idols, History.*

Resulta por demás evidente que hoy día estamos inmersos en una intensa y masiva “sublimación estética de los conflictos” (Borghesi, 2007. 14). Lo más relevante a lo que actualmente tenemos acceso resulta ser, en efecto, esa persistencia global de enfatizar lo más que se pueda la continua e innegable presencia de diversos “conflictos” a nivel mundial. Es justo el «conflicto» –y no otra cosa– aquello que se sublimiza de manera continua hasta los confines estéticos de la impresión cotidiana. Una impresión a cuya disposición se encuentran ofertados los distintos y serviles medios de comunicación masiva a los cuales hoy en día tenemos acceso con gran facilidad por diversos medios. El espectáculo doloroso al que diariamente somos convocados –y cuyos efectos repercuten de manera continua y efectiva en nuestra sensibilidad– consiste precisamente en ser meros espectadores de un mundo que no sólo nos presenta día a día el gran espectáculo de la violencia, una violencia que ha sido adornada con el manto vago y sutil de lo sublime, sino que, además, nos pone al descubierto la exaltación convencida, sincera, aunque claramente violenta, de las diferencias profundas que se resisten a quedar englobadas y, por ende, eliminadas o diluidas dentro de esa falsa superficie que llamamos actualmente *globalización*.

El movimiento conocido como Ilustración, por ejemplo, también compartió las mismas pretensiones globalizantes. En efecto, se trataba ante todo de un *proyecto*. Sí, un proyecto ilustrado que había sido concebido a partir de la tiránica supremacía de la Razón sobre todo lo demás, esto es, sobre todos y cada uno de los aspectos que configuran tanto la exis-

tencia humana como el ordenamiento del mundo mismo. A la delicada y apacible infancia en la cual se había ido gestando gradualmente la humanidad entera, la perspectiva ilustrada ahora le exigía de manera repentina que madurara de un solo golpe. Con dicho impacto fulminante, según la perspectiva ilustrada, que de fondo pretendía asestar la estocada mortal a esa época religiosa de atraso, ingenuidad, superstición e ignorancia, en la cual había quedado estancada durante largo tiempo la humanidad entera, esto es, *occidental*, quedaría asegurado el triunfo definitivo y contundente de la Razón, en tanto diosa indiscutible de la nueva era. Una nueva era donde ante todo se destacará la gran adoración dirigida a la diosa-Razón. Una luminosa diosa-Razón que, al ser colocada triunfalmente en el consumado y llamativo *altar* del Progreso, preparaba el sacrificio global del posterior destino de los hombres. Así es como se preparó nuestro destino, es decir, el surgimiento de la actual cultura secular, en cuya base se encuentra justamente el *culto moderno* que fuera gestado y concebido por el *proyecto ilustrado* de ordenación mundial.

Sin embargo, a pesar de que el carácter ilustrado fuera claramente antirreligioso, y más precisamente anticristiano, no pudo por ello suprimir por completo un *fervor* de este tipo hacia las nociones mismas de Razón y Progreso. La exaltación inusitada del mundo "racional" que mantuvo con entusiasmo el proyecto ilustrado, condujo a concebir un nuevo programa de salvación para la humanidad entera. Dicho programa consistía básicamente en transponer los valores religiosos, en esencia cristianos, a un plano meramente racional. En otras palabras, como acertadamente observara el filósofo italiano Massimo Borghesi, se pretendió con ello realizar una transformación sustancial que consistía básicamente en llevar a cabo el cambio del ámbito propio de la fe al ámbito autónomo de la razón (Borghesi, 2007. 26-27). Para lo cual, ciertamente, fue necesario hablar en términos que fueran ajenos al ámbito de la fe y, por ende, ajenos también a una concepción de tipo religioso. La filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX tuvo como principal objetivo sustituir el orden hasta entonces existente por un orden basado sobre todo en el carácter meramente histórico y temporal del hombre, es decir, a final de cuentas, *racional*. Por este motivo, Razón, Historia y Progreso, fueron concebidos como los ingredientes necesarios e insustituibles para promover un cambio radical en la faz de la Tierra. Este cambio es el que se conoce precisamente con el nombre de "secularización", cuyos resultados hoy todos conocemos y vivimos a diario. Sin embargo, la idolatría promovida a estas instancias racionalizadas de Razón, Historia y Progreso, anhelantes de un

futuro *racionalmente* mejor, se olvidó por completo de nuestro real presente, dando paso con ello a la época de espesas tinieblas que el pasado s. xx hiciera vivir en carne propia, con estrépito y terror, en tantos millones de seres humanos a través de todos los movimientos radicales que se esforzaban por llevar a cumplimiento dicho cambio radical, llegando incluso a encarnar de manera espantosa la racionalidad sistemática de lo inhumano.

Así, pues, con la puesta en marcha del ambicioso proyecto ilustrado, se preveía y anunciaba el ocaso y derrumbe de la incómoda dimensión religiosa del ser humano. En este mismo sentido, es decir, siguiendo las sendas sagradas de la Razón y el Progreso que se habían ido imponiendo gradualmente con el proyecto ilustrado, surgió a su vez un nuevo programa globalizador. En efecto, el sistema positivista de Augusto Comte, por ejemplo, sin abandonar jamás sus ilustradas deidades, dio un paso más al respecto, adjudicando ahora a la Ciencia el cumplimiento cabal y salvador del proyecto histórico-ilustrado. No obstante, el culto positivista de Comte propondrá ahora un nuevo dios. En efecto, la sublime e idealizada diosa-Razón cederá su puesto de adoración al "género humano". Ciertamente, como ya hiciera ver Henri de Lubac, «el positivismo es esencialmente una "religión de la Humanidad" (De Lubac, 1990. 122). Religión que, como es de esperar, posee todo un sistema de culto y veneración, pero bajo el incuestionable y sagrado manto de lo *científico-racional*. La humanidad entera debía por tanto quedar al resguardo de la doctrina positivista que todo lo engloba, y cuyo incuestionable y venerable sacerdote era, por supuesto, el "hombre positivista", por no decir sin disimulo alguno Augusto Comte, seguido del fiel séquito de sus convencidos discípulos y fieles seguidores. Así, pues, la redención global del género humano será ahora *positivista*, es decir, científica y nada más. En consecuencia, fuera del ámbito científico globalizador, sólo quedará el atraso, la ignorancia y la superstición. Es decir, sólo pueden quedar señalados los metafísicos fantasmas de la No-Ciencia, esas fantasmagorías que deberán quedar exorcizadas por el culto científico e indiscutible que realiza ahora el sacerdote positivista.

Con la anterior alusión al positivismo, queremos sobre todo destacar un aspecto sumamente relevante para el adecuado planteamiento tanto de la secularización como del consecuente nihilismo, en tanto factores que aún prevalecen en la actual vida globalizada. Este aspecto corresponde justamente con el acentuado planteamiento social y racional, es decir, *secular* que, al menos desde el proyecto ilustrado, sirve como único terreno válido para llevar a cabo el planteamiento

global de la compleja vida humana. No es casual que los sugerentes y globalizadores proyectos sociales de los siglos XIX y XX estuvieran sustentados de igual manera en esos multifacéticos ídolos(-promesas) de inspiración ilustrado-positivista. La Razón y la Humanidad, el Progreso y la Ciencia, quedaron por tanto erigidos como los únicos referentes inmediatos con los cuales plantear la cuestión humana de una posible redención –término en esencia cristiano– según las exigencias e indicaciones que fueran impuestas y abordadas a partir de aquel invencible templo que, en todo caso, corresponde al Templo de la Historia.

El propio Karl Marx, por ejemplo, no fue inmune al culto en cuestión. Pues aquello que él mismo denomina “proletariado”, funciona justamente como el factor determinante para realizar por fin el cumplimiento redentor de índole científico-social. No es erróneo, pues, definir el proyecto marxista como un mesianismo secularizado. El “reino de Dios” en la tierra que ahora se plantea, depende en último caso del hombre mismo o, mejor aún, de la sustitución del hombre capitalista por el hombre proletario, donde las fuerzas espirituales del hombre son suplantadas y reducidas a sus inestables y precarias fuerzas productivas. No obstante, a pesar de la inversión económica que pretende sustituir, a ojos de Marx, la abominable distinción de “clases sociales”, no por ello se elimina asimismo su profunda e irreductible condición humana. Condición esencial y enigmática que no corresponde necesariamente a las determinaciones histórico-materiales, esto es, económico-sociales, que Marx contempla y absolutiza. Es por demás sabido que, para Marx, “la religión es el opio del pueblo”. Sin embargo, al sustituir la religión por la fe ciega en el “trabajo”, se ha dado un paso sumamente arriesgado que no puede pasarse por alto, pues es ahí justamente donde se presenta el punto determinante para dar un acceso pleno al nihilismo, ya que la conciencia religiosa que posee todo hombre, al quedar narcotizada por los efectos degradantes del “trabajo”, elimina la verdadera y auténtica condición humana, sustituyéndola por una vaga e impersonal *función social*. Función social que no toma en cuenta a la persona, sino a su natural y valiosa explotación hoy más bien asumida en términos de *productividad*.

Ahora bien, al absolutizar la reducción del hombre a su fuerza laboral y productiva, que no es otra cosa que la global absolutización de la dimensión histórica socioeconómica, la situación *personalmente* vital de cada ser humano queda eliminada. Dicho de otra manera, la *persona humana* como tal desaparece, quedando tan sólo sugerida y prácticamente eliminada en la vaga indeterminación que corresponde al papel



Fotografía: Archivo histórico E.N.C.C.H 2016
Secretaría de Comunicación Institucional.

que desempeña una mera *función social*. De tal manera, se acepta falsamente que la persona real y concreta no importa, y que es sólo la función laboral que ésta puede desempeñar en el orden social existente lo único que verdaderamente cuenta. La vida queda entonces sustituida por el trabajo. No obstante, como bien sabemos, el trabajo no contribuye a plenificar la vida auténtica del ser humano. Al menos, no más allá de sus inesenciales e inestables condiciones materiales. Y esto último, es decir, la negación rotunda o nihilista de la persona humana y, por ende, de la vida misma, no es mérito exclusivo de los planteamientos científico-sociales de Karl Marx, ya que ocurre prácticamente lo mismo en el proyecto ilustrado y positivista, o bien en todo sistema de globalización social que anula y sacrifica la complejidad y dignidad de cada *persona* en concreto, a favor de un nihilismo impersonal que pretende quedar justificado en un abstracto orden social de fondo engañoso, *aunque* intelectualmente fundamentado. "Trabajo, opio único", ha dicho en alguna ocasión el gran escritor francés François Mauriac, ganador del Premio Nobel, e inexplicablemente desconocido hoy en día.

Ciertamente, el proceso de secularización que pretende justificar el proyecto global, desemboca por tanto en un nihilismo que corresponde justamente a la aniquilación sistemática o racional de la vida humana. Vida humana que se encuentra en-

carnada de manera concreta en la realidad verdadera de cada persona, y que es justamente aquello que se busca sacrificar y eliminar. Realidad única e insustituible de cada persona, que la religión destaca y conserva en una dimensión atemporal y, por ende, *personalmente justificada*, más allá del ámbito social en el cual se pretenda reducir y aniquilar su verdad concreta. El anhelo de consumir la historia a través del tiempo de la Razón, no toma en cuenta este aspecto fundamental de la realidad verdadera de cada persona. Y una vez despojado el carácter eterno e inviolable de la vida humana que la religión defiende y destaca, la consecuente preparación del gran sacrificio humano en el altar violento de la Historia, ha quedado preparado.

Al construir un proyecto de globalización secular, sea cual sea su organización racional y sistemática, se prepara en efecto el histórico sacrificio de la persona humana y, por ende, de la Vida misma. "El yo empírico es la víctima sacrificada en el altar del Uno-Todo" (Borghesi, 2007. 28). La globalización es justo este impersonal "altar del Uno-Todo". Un altar que funciona como el gran escenario en el cual llevar cabo la terrible aniquilación de la vida humana, es decir, de la vida real y verdadera de cada persona. Es así como el inhumano nihilismo racionalmente justificado, aparece y se ejecuta con la frialdad que aporta la helada altura especulativa en la que se mueve el mandato racional. Con el proyecto de globalización social, el yo personal se hunde y se elimina, hasta quedar irremediamente engullido en aquella legitimación del sacrificio global que corresponde precisamente al Super-Ego cósmico, solemnemente denominado hoy en día *orden mundial* que, en último término, contempla el ámbito extenso de lo histórico-universal. Así, pues, "como ya sucedía en Hegel, la secularización del cristianismo prepara el terreno a la sacralización de la historia" (Borghesi, 2007. 43). Y no es menos verdadero que con dicha sacralización de la Historia, se preparaba asimismo el sacrificio histórico-universal de la vida concreta de cada persona.

El tiempo nuevo sacralizado, tiempo de la gran plenitud histórica, preveía la eliminación de los conflictos y divisiones existentes a favor de un orden universal históricamente determinado. Sin embargo, a pesar de dicha sacralización, la dimensión histórica no pudo suprimir los conflictos y divisiones. Antes bien, tal parece que tales conflictos y divisiones se han incrementado y reproducido en mayor medida. Los intereses de partido, de clase, de identidad nacional y religiosa, y de todo tipo de poder, han ido aflorando hasta ahora con una fuerza sin precedentes. Una fuerza que pone al descubierto tanto la secreta violencia que contiene la opresión racional y

sistemática de toda diferencia, como la fuerza indoblegable de la Vida que corresponde a cada persona concreta. De hecho, ante la manifestación global de conflictos mundiales se ha tenido que recurrir, como mencionamos al principio de nuestra intervención, a una “exaltación estética de los conflictos”, cuyo significado verdadero pretende por tanto producir un efecto narcótico de normalización con respecto a dicha secreta violencia. No obstante, en el presente orden mundial de globalización en el cual nos encontramos inmersos, tal vez sea más bien la exaltación personal de cada individuo concreto, esto es, de la Vida misma, la que responde y reacciona súbitamente a la estrechez histórica en la que se le ha querido encerrar y suprimir. Dicho de otra manera, la situación real de cada persona concreta redescubre cada vez más que la plena realización de su auténtica verdad no puede quedar minimizada en la estrechez histórica de un proyecto meramente racional.

La amplia gama de ídolos seculares ha defraudado continuamente la verdad que encierra la realidad personal. En otras palabras, quizá cada persona en particular vislumbra cada vez con mayor claridad que no es en la Historia, ni en la Razón, ni en el Progreso o la Ciencia, donde ésta puede encontrar el cumplimiento cabal de su plenitud, sino en la Eternidad visible que la religión ha sabido conservar y transmitir. Esto resulta claro si se tienen en cuenta los aspectos esenciales que encierra el actual proyecto de globalización, a saber: que “una divinidad impersonal requiere la despersonalización del yo”; que “su deconstrucción es el sacrificio que exige lo sagrado post-cristiano”; y que “el resultado es un politeísmo de la imaginación y del corazón cuyo espacio llenan como un torbellino los numerosos ídolos del mundo virtual” (Borghesi, 2007. 45). Así las cosas, aunque inmediatamente después de la Revolución Francesa, durante toda la Ilustración el Positivismo y los posteriores regímenes comunistas y totalitaristas, así como en la actual cultura secular, las creencias religiosas hayan sido perseguidas con persistencia y continuidad –y aunque con particular empeño y violencia se hayan dirigido hacia la señal indoblegable de la cruz, ya sea desde las retóricas bromas e ingeniosas burlas de Voltaire hasta los asesinatos y torturas de sacerdotes católicos, sin dejar de lado las violaciones sangui-narias de muchísimas religiosas cuyas cuentas del rosario eran clavadas en sus sienes a martillazos durante todo el régimen soviético– no por ello, decimos, ha sucumbido la profunda esencia de su contenido metahistórico. Lamentablemente, todos sus grandes perseguidores han sucumbido dentro del propio horizonte histórico en el cual habían confiado el cumplimiento de su efímera aparición. Y así, junto con ellos, se



Fotografía: Archivo histórico E.N.C.CH 2016
Secretaría de Comunicación Institucional.

han ido hundiendo todos y cada uno de sus propios ídolos, devorados ambos por las inseguras e inestables arenas movezizas del histórico devenir, a pesar de su empeño por alcanzar su estabilidad desde un ámbito histórico-racional.

Tal vez el mundo finalmente sucumba en su propio empeño de globalización. Las convulsiones por demás visibles de los efectos inhumanos de la secularización y el nihilismo actuales manifiestan un error de orientación en el modo de plantear la cuestión central y esencial de la vida humana, de la Vida en sí misma. La amarga experiencia que produce el reiterado padecimiento de la decepción va llenando poco a poco el corazón aún palpitante de cada persona. Y esto quizá sea la señal más evidente de que no es en la Historia ni por medio de la Razón como se logre encontrar la respuesta verdadera a nuestra actual situación, sino en la Eternidad y en el Espíritu, es decir, en la Verdad. Mientras que históricamente la razón prevé lo que parece posible, la Fe cree en lo imposible; mientras que la razón humana sólo espera lo que ella misma logra plantear, la auténtica Esperanza se mantiene aún en las situaciones donde aparentemente ya no hay nada más que esperar; y, mientras que la razón del hombre encuentra serias dificultades a la hora de perdonar, la verdadera Caridad perdona incluso lo imperdonable. Así, pues, no será en el dominio estrecho de la Historia

donde sea posible redimir de manera globalizada a la humanidad entera, sino sólo en los brazos de Aquel que han quedado extendidos para toda la eternidad, por y para cada uno de nosotros de manera *personal*.

Ahí se encuentra precisamente el sentido profundo que el proyecto globalizador ha sido incapaz de sustituir. Pues la persona misma del Crucificado nos indica claramente que si bien resulta imposible evadir el tránsito por la senda histórico-dolorosa de la Agonía y la Pasión, el sufrimiento no tiene la última palabra, sino el gozo infinito de la eterna y verdadera Redención metahistórica, es decir, personal. Es ahí precisamente donde no prevalece ya el conflicto, ni la falsedad ideológica de un elaborado proyecto idolátrico, sino la verdad profunda de un gran Acontecimiento. Acontecimiento eterno que corresponde justo a la insustituible e infalible acogida del Infinito en el que todo se disuelve e ilumina, recobrando de tal manera para el hombre y todo lo demás su más profundo y auténtico sentido, es decir, la más íntima Realidad que nos configura a todos y cada uno de nosotros de una vez y para siempre.

Referencias

- Borghesi, M. (2007). *Secularización y nihilismo. Cristianismo y cultura europea*. Traducción de Manuel Oriol, Madrid: Ediciones Encuentro.
- De Lubac, H. (1990). *El drama del humanismo ateo*. Traducción de Carlos Castro Cubells, Madrid: Ediciones Encuentro.